

Históricas Digital

Enrique Florescano

“La nueva interpretación del pasado mexicano”

p. 29-50

El historiador frente a la historia
Corrientes historiográficas actuales

Segunda edición

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

1999

148 p.

(Divulgación 1)

ISBN 968-36-7984-X

Formato: PDF

Publicado en línea: 27 de junio de 2023

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/279a/corrientes_historiograficas.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2023, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



LA NUEVA INTERPRETACIÓN DEL PASADO MEXICANO

ENRIQUE FLORESCANO*

En los últimos 30 años la investigación sobre el pasado mexicano sufrió un cambio cualitativo que modificó de manera notable la imagen y la comprensión de ese pasado. En esta ponencia resumo los principales resultados de una reseña extensa sobre los principales cambios que observé en los temas, los métodos, las técnicas, las interpretaciones y las maneras de explicar la historia entre 1960 y 1990.**

Antecedentes

Entre los antecedentes que explican algunas características de la investigación histórica reciente destaca, en primer lugar, una concepción peculiar para enfocar el estudio del pasado de México que es un resultado de la Revolución Mexicana de 1910.

El logro mayor de la antropología que surgió de la Revolución, y uno de los más importantes de las ciencias sociales del siglo XX, fue haber creado una concepción antropológica e histórica que reconoció el carácter original de las diversas culturas mesoamericanas, y a partir de este reconocimiento discurre enfoques idóneos para comprender su desarrollo dentro de sus propios marcos históricos y culturales. Manuel Gamio, Alfonso Caso, Miguel Othón de Mendizábal y un puñado de pioneros, sin títulos académicos, crearon una nueva dimensión de la antropología para estudiar el desarrollo de las culturas mesoamericanas y fundaron las instituciones, las disciplinas, las escuelas, los museos, las bibliotecas y los laboratorios para realizar esta tarea de manera sistemática y progresiva. Esta época fundadora, que abarca los años de 1930 a 1950, propuso un análisis global de las culturas mesoamericanas, y promovió un diálogo constante entre la arqueología, la historia y la etnología. En segun-

*Consejo Nacional para la Cultura y las Artes

**Este ensayo se publicará próximamente en la editorial Cal y Arena, bajo el título de *La interpretación del pasado mexicano*. En este libro se incluye una biografía muy detallada que por razones de espacio no puede incluirse en esta publicación

do lugar, entre 1940 y 1950 se crearon las instituciones que convirtieron la investigación, la enseñanza y la difusión de la historia en un oficio profesional. Al ejercer estas variadas funciones, la institución académica se convirtió en el factor que dotó de estabilidad, continuidad y rigor a los estudios históricos. Por ejemplo, en el Instituto Nacional de Antropología, Alfonso Caso diseñó y llevó a la práctica un programa ambicioso para formar arqueólogos, antropólogos e historiadores; con esas primeras generaciones realizó un registro amplio de las principales zonas arqueológicas y se precisaron las características de las diversas culturas mesoamericanas. En El Colegio de México, Silvio Zavala fundó el Centro de Estudios Históricos y sentó las bases para una revalorización de la historia colonial. Sus aportaciones más notables al desarrollo de la investigación histórica contemporánea quizá sean el rigor para establecer los hechos históricos mediante un manejo acucioso de las fuentes originales; su extremo cuidado para comprender el hecho histórico en su tiempo, en su lugar y en su lenguaje; su decisión imperturbable de no pronunciarse sobre los hechos examinados antes de haber reunido los datos que por sí mismos pudieran explicar esos hechos, y su indeclinable obsesión por la exactitud en el detalle. Esta manera de concebir y practicar la tarea del historiador creó un nuevo nivel de rigor y exactitud en la investigación histórica mexicana e hispanoamericana.

En tercer lugar, la introducción que hizo en México Silvio Zavala de los mejores métodos desarrollados por Ranke, fue seguida por el arribo del historicismo y las principales corrientes de investigación histórica europeas las cuales fueron difundidas por los transterrados españoles que llegaron a México entre 1936 y 1945. José Gaos, Wenceslao Roces, Ramón Iglesia, Eugenio Ímaz, José Miranda, Pedro Bosch Gimpera, Juan Comas, Pedro Armillas, José Luis Lorenzo y Ángel Palerm, aclimataron, debatieron y propagaron en México los diversos modos de hacer historia entonces en boga en Europa, tradujeron para el Fondo de Cultura Económica las obras representativas de la historiografía universal, y fueron los maestros de las primeras generaciones de historiadores profesionales de la Universidad Nacional, El Colegio de México y el Instituto Nacional de Antropología e Historia.

Con estos antecedentes, y aceptando de antemano que pueda parecer esquemático, voy a presentar un resumen de los principales cambios ocurridos en la historiografía relativa al México antiguo y el virreinato.

Los estudios sobre el México antiguo

Apoyados en el piso construido por los antropólogos e historiadores de los años de 1930 y 1950, los estudios mesoamericanos dieron un salto cualitativo

en los treinta años siguientes. En 1964 comenzó la publicación del *Handbook of Middle American Indians*. La obra enciclopédica que en dieciséis volúmenes sistematizó los múltiples conocimientos alcanzados sobre el medio ecológico, la arqueología, la etnología, la lingüística y la antropología social y física de los pueblos indígenas de México y Centroamérica. Esta sistematización alentó la aparición de estudios teóricos sobre los procesos que impulsaron el desarrollo de la civilización en Mesoamérica, lo que a su vez llevó a reconsiderar el papel que en este desarrollo tuvieron la agricultura, la tecnología hidráulica, el crecimiento de la población y la urbanización, y a caracterizar los tipos de organización social y política correspondientes a cada una de las etapas del proceso de civilización.

Bajo este nuevo enfoque la arqueología abandonó su predilección por el recinto ceremonial y se esforzó por abarcar el conjunto urbano y las áreas agrícolas aledañas; o se propuso analizar, con los métodos de la fotografía aérea y del recorrido extensivo del campo, la variedad de sistemas productivos y de patrones de poblamiento que componían el tejido económico y social de grandes regiones; o se concentró en el estudio de los orígenes del maíz y de las plantas cultivadas. Es decir, la arqueología se apoyó en teorías más sólidas sobre el desarrollo de la civilización, las cuales, a su vez, condujeron la investigación a la búsqueda sistemática de datos abundantes, prolongados en el tiempo y representativos de regiones amplias y de diversos tipos de organización sociopolítica.

Pedro Carrasco, Alfredo López Austin, Johanna Broda y una nueva generación de investigadores realizaron nuevos estudios sobre la organización social, la religión y el ritual, y esclarecieron sus relaciones con las formas de dominación ideológica y política.

Uno de los avances más notables de estos años ha sido el paulatino desciframiento de la escritura pictográfica, particularmente de la maya. Gracias a esta lectura hoy sabemos que las famosas estelas pobladas de inscripciones, que antes se creía que aludían a temas indígenas, astronómicos o calendáricos, son en realidad monumentos conmemorativos del ascenso al poder de los gobernantes, un registro de las fechas fundamentales de sus vidas, y un recordatorio de sus hazañas militares. A su vez los conocimientos aportados por esta lectura han dado nuevo vigor al análisis del poder y de la organización política que se concentraba en los ejecutores y representantes del poder estatal.

El uso de modelos tomados de las ciencias sociales produjo a cambios sustanciales en la comprensión de las concepciones religiosas, el ritual y la mitología. Las obras de Alfredo López Austin, Johanna Broda, Michel Graulich y Christian Duverger son representativas de estos nuevos enfoques.



Por ejemplo, los estudios sobre los relatos míticos, al dejar de considerarlos como documentos que se referían a hechos históricos, desarrollaron métodos que permiten tratarlos como estructuras simbólicas específicas, cuya composición interna revela cómo estos pueblos codificaron en el mito hechos fundamentales relativos al mundo sobrenatural y a la vida de los hombres. Es decir, estos estudios muestran que el discurso mítico fue uno de los principales instrumentos de estas sociedades para codificar su interpretación de la creación del mundo, la composición del universo, la relación entre el espacio y el tiempo, la función de los hombres en la Tierra, etcétera. Y quizá lo más significativo es que el estudio de los mitos se considera hoy un procedimiento que amplía la comprensión de la religión en las sociedades antiguas.

Lo cierto es que este reconocimiento provocó una serie de nuevos estudios que han enriquecido nuestra visión del fenómeno religioso en su conjunto, y una avalancha de ensayos que contemplan la presencia de la religión en la vida diaria, en las festividades y en el ritual, en la organización social y en la guerra; en la arquitectura monumental y en las artes; en la legitimización del poder, y en el conjunto de la organización política.

En los últimos treinta años el estudio de las expresiones artísticas de Mesoamérica avanzó a una velocidad vertiginosa. En primer lugar, dejó de ser un relato descriptivo que no vinculaba las obras con el contexto social, político y religioso en el que estaban insertas, y se convirtió en un instrumento analítico de esas realidades que reveló nuevos aspectos de ellas. Y en segundo lugar, para descifrar las formas y las concepciones estéticas de una cultura, la investigación abandonó el análisis de las obras aisladas y se propuso realizar inventarios exhaustivos de la iconografía, la pintura, la escultura y los estilos arquitectónicos. Así, gracias a estos análisis fascinantes, el lector contemporáneo ha descubierto una nueva dimensión de los dioses, los gobernantes, los rituales, la pintura y el arte de las antiguas ciudades de Mesoamérica.

En resumen, la influencia más perceptible en la nueva interpretación del México antiguo es la aplicación de las teorías generales del desarrollo de la civilización a estas sociedades, y el uso intenso de métodos y técnicas procedentes de diversas disciplinas. Hoy no sólo es frecuente la presencia de equipos integrados por arqueólogos, etnólogos, historiadores, lingüistas, paleontólogos, biólogos, botánicos, astrónomos y otros expertos, sino que los especialistas de la organización social, la economía, la religión o el arte son practicantes asiduos del análisis multidisciplinario.

Los estudios sobre el virreinato

En los últimos treinta años la investigación histórica produjo también una nueva interpretación y revalorización del virreinato. Temas que antes habían sido objeto de acaloradas polémicas, como la cantidad de población indígena antes de la conquista, fueron considerados bajo otra luz al ocurrir la aparición de la demografía histórica, la especialidad que produjo los primeros análisis cuantitativos sobre el número de los antiguos habitantes y precisó las proporciones del tremendo derrumbe de la población indígena, los ritmos de su caída y la intervención de las epidemias en una de las catástrofes demográficas más impresionantes de que se tenga memoria en la historia de la humanidad. Las investigaciones pioneras de Sherburne F. Cook, Woodrow Borah y Lesley B. Simpson abrieron el camino de una nueva interpretación demográfica, económica y social de la historia hispanoamericana y fueron seguidas por nuevos análisis, basados en los archivos parroquiales, que dieron a conocer las tendencias generales del desarrollo de la población, las crisis demográficas que periódicamente afectaron su trayectoria y la composición de la estructura demográfica.

Los estudios históricos y las reflexiones teóricas de Gonzalo Aguirre Beltrán ejercieron una influencia decisiva en las transformaciones que enriquecieron el análisis de la historia social. Su estudio original, y aún no superado, sobre la presencia de los negros en la sociedad colonial fue uno de los primeros en señalar el carácter pluriétnico del virreinato y el primero en destacar la importancia demográfica, social y cultural de los negros en la formación colonial. *Medicina y magia* es un libro del mismo Aguirre que anticipó los actuales análisis sobre la historia de las mentalidades, un ensayo brillante de aplicación de nuevas técnicas de análisis y una obra que combina el estudio histórico y la reflexión antropológica de modo magistral. *El proceso de aculturación* y *Regiones de refugio* son otras dos obras extraordinarias en las que el conocimiento histórico y el antropológico se entretajan y apoyan para fundamentar una teoría del desarrollo social. Es decir, por su rigor, riqueza y originalidad, la obra de Aguirre Beltrán es una de las más innovadoras y creativas en la historiografía social contemporánea.

La investigación sobre la conquista, antes concentrada en la de los aztecas, se extendió a todo el territorio mesoamericano, de suerte que hoy disponemos de nuevos estudios que muestran la diversidad de los procesos de conquista y pacificación emprendidos por los españoles y la variedad de resistencias que opusieron los indígenas. Una obra maestra, *Los aztecas bajo el dominio español*, de Charles Gibson, impuso un modelo para los estudios etnohistóricos; rebasó los años de la conquista militar, y emprendió la gigantesca tarea de registrar los principales procesos de cambio, transformación y reorganización que produjo la dominación española en el área central del

imperio mexica durante los tres siglos del virreinato. Una ambición semejante, presidida también por los enfoques de la etnología y los métodos de la historia, alienta las obras de Victoria Reifler Bricker y Nancy M. Farriss sobre los mayas de Yucatán. Ambas muestran que en este complejo proceso de cambio, adaptación y sobrevivencia, la religión, una mezcla sincrética de creencias nativas y santos y ceremonias cristianas, y las antiguas relaciones indígenas de solidaridad, tuvieron un papel decisivo en la conservación de los pueblos y la identidad indígena.

La mayor penetración y la variedad de métodos que hoy caracterizan el análisis de las comunidades indígenas en la situación colonial, es resultado de la interacción entre los enfoques de la etnología y los métodos del historiador.

La aplicación de estos enfoques al periodo inmediatamente anterior a la invasión española y las décadas siguientes ha permitido comprender con mayor profundidad los cambios dramáticos que la conquista impulsó: la fractura de estructuras fundamentales de la organización indígena y la continuidad y capacidad de adaptación de las culturas indígenas en la situación colonial. En lugar de la imagen que se tenía de un mundo indígena inerte, estos estudios muestran pueblos e individuos en constante transformación, plenos de iniciativas y empeñados en la afirmación de sus identidades.

Una muestra de los nuevos temas y métodos que hoy atraen a los historiadores es *La colonisation de l'imaginaire*, el excelente libro de Serge Gruzinski que analiza el proceso de occidentalización de los pueblos indígenas a través de la transformación de la memoria, la penetración de las ideas religiosas europeas y la introducción de la escritura alfabética.

Otro cambio notable, provocado por los enfoques de las ciencias sociales que hoy vivifican a la historiografía, es la reconsideración de las rebeliones, las explosiones de malestar y las violencias que se manifestaron en la población indígena y rural. Al abandonar los enfoques que interpretaban a esas rebeliones como resultado de causas generales (la liberación política del yugo español –la más socorrida de las interpretaciones liberales– o la lucha contra la explotación económica –la más socorrida de las explicaciones marxistas–), estos estudios mostraron las perturbaciones profundas que afligían a los pueblos indígenas; iluminaron procesos de descomposición social de comunidades y grupos sociales, y descubrieron en los movimientos religiosos antes subvalorados reacciones poderosas de defensa, reorganización, nativismo, recomposición y salvación milenarista de los grupos indígenas.

Además de esta historia que reconstruye el pasado de los vencidos, otra aportación de las investigaciones publicadas en las tres últimas décadas es la reinterpretación de la historia económica del virreinato. Una de las tesis principales de la gran obra de François Chevalier, *La formación de los grandes latifun-*

dios en México, la que sostiene que la hacienda y el latifundio eran entidades económicas de tipo feudal, regidas por la autosuficiencia y los ideales de prestigio de sus propietarios, ha sido superada por una serie de estudios que muestran que estas unidades de producción nacieron para satisfacer el mercado interno, estaban orientadas a la ganancia y obedecían a una lógica económica determinada por los factores internos de producción y su vinculación con el conjunto de la economía comercial. Así, al poner el énfasis en los factores de la producción, la composición de los mercados, el movimiento de los precios, la comercialización, las ganancias y las fuentes de crédito, estos nuevos estudios han proporcionado la primera visión sólida del funcionamiento económico de la hacienda; una idea más clara de los vínculos que unían a la agricultura comercial con el conjunto de la economía; una explicación de la dependencia de los agricultores hacia el crédito que monopolizaban la Iglesia y los comerciantes, y un sustento económico para explicar la importancia de los latifundios y de la propiedad de la tierra en la consolidación de la oligarquía colonial.

Las investigaciones sobre la minería, el comercio y la hacienda pública fueron portadoras de cambios igualmente revolucionarios. De manera semejante a lo que ocurrió con el estudio de la población y de la economía agrícola, estos cambios fueron inducidos por el descubrimiento de datos cuantitativos que permitieron establecer los ascensos, las caídas y las tendencias a largo plazo de los fenómenos observados, y por la aplicación del análisis económico a los datos construidos por el historiador. Gracias a estos cambios en el enfoque y en las técnicas de análisis, hoy se tienen series de producción de plata para los principales centros mineros, series más largas de la plata quintada en las cajas reales de los distritos mineros, y series, también largas, que informan sobre la plata exportada a España.

Apoyados en estos datos, y en los análisis cualitativos emprendidos por David A. Brading, Peter Bakewell, Harry E. Cross, Phillip L. Hadley y otros investigadores, hoy podemos ratificar la tesis de Ángel Palerm, quien hace tiempo afirmó que el descubrimiento de las minas de plata fue el factor decisivo en la comercialización y monetización de la economía de Nueva España, el sector que indujo el cambio mayor en la estructura económica del virreinato y se convirtió en “el principio organizador y dominante de la economía colonial”. La mercancía dinero creó un medio de cambio general que impulsó el desarrollo del sistema mercantil, el cual a su vez ligó al centro minero con los productores de bienes manufacturados en Europa y con los productores de insumos y mercancías del interior de Nueva España.

Las series de datos cuantitativos más abundantes reconstruidas por los historiadores corresponden al comercio exterior y a la Real Hacienda. Hoy se

dispone de las nutridas series de comercio exterior establecidas por Pierre y Huguette Chaunu, Antonio García Baquero, Lutgardo García Fuentes, Eufemio Lorenzo Sanz y otros estudiosos. Estos datos y los estudios centrados en los comerciantes que se apropiaron en buena medida del comercio exterior e interior descubrieron la importancia crucial de este grupo en el conjunto de la economía, su situación privilegiada como acaparadores del dinero líquido y su dominio progresivo, gracias al capital de que disponían, de todos los sectores productivos: agricultura, minería, pequeñas empresas y artesanías. Es decir, contra la idea antes prevaleciente de que los dueños de la tierra eran el grupo económico dominante del virreinato, estos estudios demostraron que el capital mercantil era el eje director de la economía, y los comerciantes el grupo más poderoso de la sociedad colonial.

Otro avance en el conocimiento de la economía lo propició el trabajo de John J. TePaske y Hebert S. Klein, en el que lograron reconstruir la serie de ingresos y egresos de la Real Hacienda de Nueva España para los tres siglos del periodo colonial.

Vistos en conjunto, los estudios acerca del virreinato destacan por la solidez de sus fundamentos, por la diversidad y amplitud de sus temáticas, por el número de obras maestras producidas y por la reinterpretación que ofrecen de los tres siglos coloniales. Las obras primeras de Silvio Zavala y los estudios académicos de la década de 1950 iniciaron la revalorización de este periodo, que figuraba como la etapa negra de la historia mexicana, como la época del oscurantismo y la explotación española. Pero puede decirse que los múltiples e innovadores estudios publicados en los últimos treinta años acabaron por borrar esa imagen y produjeron otra, más objetiva, plural y compleja. Así, por ejemplo, el conjunto de estudios consagrados a la conquista, la colonización, el mestizaje y la interacción entre indígenas, europeos y negros ofrece, a nivel continental y mundial, un análisis original del choque y el intercambio entre culturas y grupos étnicos diversos, que al coincidir en un territorio y en un tiempo precisos, forjaron una sociedad nueva, integrada con los contenidos profundos de las diversas culturas participantes, pero distinta a sus matrices originales.

El análisis de la formación económica colonial, enfocado a través del estudio sectorial y comparado de la agricultura, la ganadería, la minería, el comercio, el sistema fiscal y la política económica, ha puesto al descubierto la peculiaridad del proceso económico mexicano. Por otra parte, contra el efectismo simplificador de las caracterizaciones anteriores que se limitaban a condenar el sistema de explotación colonial, la investigación reciente descubrió la lógica económica del encomendero, el desplazamiento de éste por los nuevos agentes de la economía mercantil, la integración subordinada de la economía

indígena a la nueva economía dominante, así como las crisis, los ciclos, las fluctuaciones y los tiempos cortos y largos de la dinámica económica. En otras palabras: por primera vez los procesos económicos se explicaron a partir del conocimiento de sus estructuras propias, y por primera vez este análisis de las fluctuaciones económicas sirvió para explicar el comportamiento de los individuos y la formación de complejas organizaciones familiares y sociales. No es casual que las mejores cronologías disponibles para medir los cambios temporales del virreinato, aparte de la consabida sucesión de virreyes y dinastías españolas, sean la de la producción minera y agrícola, la del movimiento de los precios, la de los intercambios comerciales y la de los desplazamientos de la población.

Asimismo, el estudio del pensamiento y la formación de la conciencia criolla el análisis de los valores familiares, sociales, artísticos, científicos y patrióticos que contribuyeron a forjar el alma criolla ha sido fundamental para explicar la creación de ese *ethos* criollo que comenzó por exaltar la tierra del origen; que inició la recuperación del pasado indígena para levantar sobre él una nueva legitimidad acerca de la ocupación del territorio; creó símbolos religiosos y culturales que obraron como lazos de identidad en un cuerpo social minado por las diferencias, y construyó una conciencia histórica que le asignaba a la patria criolla un destino original, grandioso y bendecido por Dios. Éstas y otras revalorizaciones del virreinato tienen el mérito de haber impulsado una reintegración progresiva del pasado colonial en la historia nacional y una comprensión cada vez más aguda de la importancia fundacional de ese periodo en la formación histórica de la nación.

La diversidad, calidad y profundidad de los estudios dedicados a la historia mexicana en los últimos treinta años suscita la pregunta sobre los factores que han conducido a estos resultados. En forma preliminar, aventuraría los siguientes intentos de explicación:

I. *El encuentro de los testimonios históricos con los métodos y enfoques de las ciencias sociales.* En la mayoría de las áreas del conocimiento histórico donde verificamos un avance, se observa que éste se debe a la aplicación de los métodos y teorías de las ciencias sociales al material empírico acumulado por los historiadores. En el caso de los estudios sobre el mito, el ritual, la agricultura, los símbolos del poder o la formación del Estado en el México antiguo puede con tatarse que el avance del conocimiento fue posible por la presencia de testimonios fidedignos y por la aplicación a ellos de nuevas técnicas de análisis. Esta combinación es la que se ve en el estudio de la historia de la demografía, la etnohistoria o la historia económica del virreinato, o en el caso de la historia política y de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX. En estos ejemplos observamos que la confluencia de datos históricos bien estable-

cidos con nuevas teorías, o la presencia de nuevas fuentes, analizadas con técnicas modernas, produjo explicaciones nuevas de aspectos antes considerados herméticos o huidizos (los mitos, el ritual, el simbolismo religioso); dio cuenta de la composición y el funcionamiento de los complejos sistemas económicos, la organización social o el tejido político, o abrió perspectivas en campos donde la historia no conseguía penetrar y para los cuales las ciencias sociales habían desarrollado enfoques y técnicas precisas, capaces de desbrozar y arar bien esos suelos.

En el pasado se dieron confluencias entre las teorías y los métodos de las ciencias sociales y el análisis de los problemas históricos; particularmente los enfoques de la economía, la antropología y la ciencia política se utilizaron para estudiar diferentes procesos y épocas de la historia mexicana. Sin embargo, lo que distingue a la investigación histórica de los últimos treinta años es la aplicación de los métodos de las ciencias sociales a casi todos los campos y épocas de la historia mexicana y la presencia de dos resultados importantes derivados de esa interacción. En primer lugar, el relato histórico dejó de ser exclusiva o predominantemente descriptivo y se volvió más analítico, más dedicado a descubrir la composición y las relaciones internas que determinaron la existencia de un sistema económico, de una estructura social o demográfica, de un régimen político, de una ideología o de un conjunto de creencias. En segundo lugar, esta orientación de los estudios históricos provocó los descubrimientos y los avances que me parecen más significativos en el desarrollo de la investigación histórica mexicana: el descubrimiento de las estructuras y relaciones económicas, sociales, políticas, religiosas o ideológicas que de modo profundo modelan las formaciones sociales a través de largos periodos, descubrimiento que nos ofrece una nueva dimensión tanto del conjunto social como del individuo en la historia, tanto de los procesos que abarcan largos periodos temporales como de las crisis y disrupciones que los modifican. Por este camino, el estudio de la historia se ha convertido en un análisis más complejo y refinado de la sociedad y de los grupos e individuos que la componen, en un ejercicio más completo de comprensión de la dinámica social. Por otro lado, la continua comunicación con las teorías y los métodos de las ciencias sociales ha hecho más rigurosos los procedimientos mediante los que el historiador identifica su objeto de estudio, selecciona los métodos y las técnicas para analizarlo, revisa la relación entre sus propuestas teóricas y los datos de la realidad, y expone finalmente sus conclusiones. Es decir, quiéralo o no, el historiador tiene ahora frente a sí un marco conceptual que opera como una pantalla que registra, verifica y evalúa sus diversas operaciones intelectuales. Lo peor que le puede ocurrir es no mirar esa pantalla, y no registrar los signos que la iluminan.

II. *El profesionalismo creciente de los historiadores.* El desarrollo del gremio mexicano de historiadores en un medio de competencia internacional los ha obligado, entre otras cosas, a romper los estancos disciplinarios que antes los mantenían amarrados a áreas diminutas y sin relación con el desarrollo científico general. Al contrario de lo que ocurría hace quince o veinte años, hoy los historiadores que destacan en la historia mexicana están abiertos a los métodos, las técnicas y los desarrollos teóricos de las ciencias sociales, conocen las diferentes formas en que otros historiadores han utilizado estos instrumentos y ellos mismos son ya ejemplo del uso de múltiples técnicas y enfoques aplicados con éxito al análisis histórico. Puede decirse que esta apertura y el dominio de métodos desarrollados por otras disciplinas, es uno de los factores que han enriquecido la investigación histórica mexicana, dotándola de nuevos instrumentos para observar las diversas fases, ritmos y formas del desarrollo de las sociedades en el tiempo.

III. *La pluralidad del ejercicio de la historia.* Las aportaciones concretas que se aprecian en la historia antigua, colonial, moderna y contemporánea revelan un ejercicio plural del oficio de historiador. Plural en el sentido de que por buena historia no se entiende hoy sólo la historia política, por ejemplo, sino que se acepta como historia válida y necesaria la de la demografía, de la economía o de las mentalidades, del mismo modo que se ha consolidado la historia regional y local, la biografía, etcétera. Plural, también, en el sentido de que ya no está en cuestión el problema de los ismos, la afiliación a tal o cual teoría o práctica de la historia, sino la calidad y la significación de los resultados. Plural, en fin, porque los historiadores provienen de diversos orígenes y medios sociales, tienen tradiciones intelectuales diferentes y se inscriben en distintas afiliaciones políticas e ideológicas. Desde la década de 1960, en casi todos los centros académicos occidentales, la pluralidad de las interpretaciones de la historia se apoyó tanto en una relación intensa de la historia con las ciencias sociales como en la aparición de nuevas generaciones de historiadores provenientes de las clases medias.

Esta pluralidad –un fenómeno que no existía hace treinta años– es responsable de nuevas relaciones y actitudes en el medio donde laboran los historiadores. Por ejemplo, la pluralidad de interpretaciones de la historia ha incrementado la competencia entre distintos enfoques y corrientes de pensamiento lo cual, a su vez, ha promovido la tolerancia, la aceptación de interpretaciones distintas a las que profesamos, y la confrontación intelectual –no personal– de los resultados. Es decir, ha creado las bases para trabajar en un medio intelectual menos asfixiante, más abierto.

El ejercicio plural de la historia, la diversidad de acercamientos que hoy se hacen al pasado, ha ampliado también la dimensión de lo histórico. Puede

constatarse que los estudios sobre los sistemas de cultivo y las formas de vida campesina en el México antiguo; sobre las mentalidades indígenas, los mitos, las prácticas religiosas populares, los trabajadores, las mujeres y los marginados en el periodo virreinal; los dedicados a las revueltas y a las sublevaciones campesinas, y los estudios de historia local y regional en los siglos XIX y XX han democratizado la comprensión y la práctica de la historia. Bajo el estímulo de estos nuevos enfoques, el universo de la realidad histórica se ha ampliado y diversificado, al mismo tiempo que se derrumbaron los tabúes que impedían penetrar, con los instrumentos del historiador, sectores inmensos del mundo material, económico, político, social, mental e ideológico que habían escapado a las prácticas y reflexiones del historiador.

IV. *La dedicación a nivel internacional a la historia mexicana.* Mencione antes que los historiadores mexicanos trabajan en un medio de competencia internacional. Debo agregar que este hecho tiene una significación aún mayor, pues la participación de historiadores de otros países en los estudios acerca de la historia mexicana es hoy tan considerable y significativa en calidad y en cantidad que puede decirse que, para los historiadores mexicanos, es la que fija los niveles de competencia y profesionalismo, la que señala los paradigmas científicos, los desafíos intelectuales y las metas de calidad por alcanzar.

Confieso que no había percibido este fenómeno y que fue la redacción de esta reseña la que me hizo verlo con claridad. Hace treinta años, cuando comencé a estudiar historia, la situación no era ésta. La participación de los historiadores extranjeros en la elaboración de la historia mexicana era escasa, aunque importante, sobre todo la de los norteamericanos. Pero los paradigmas científicos, los problemas por investigar, los debates, los temas y los campos de cultivo los determinaron, en su mayoría, los historiadores y las instituciones de investigación mexicanos. Hoy se vive una situación diferente. A todas las áreas de nuestra historia se dedican investigadores e instituciones del extranjero. Ya es frecuente que las obras de referencia básica y las síntesis sobre la historia de México y de América Latina sean empresas concebidas, dirigidas y realizadas en otros países, como lo ejemplifica en forma admirable el *Handbook of Middle American Indians* y la más reciente *Cambridge History of Latin America*. El registro y la evaluación de las novedades bibliográficas se hace también metódicamente, en el exterior, y en los últimos años buena parte de los simposios y las reuniones dedicadas a discutir problemas de interpretación del pasado o temas de actualidad de la historia mexicana se organiza y realiza fuera de nuestras fronteras. Esta amplia participación, desde el punto de vista del conocimiento, es sin duda positiva, puesto que a ella se deben algunos de los

avances más notables en el esclarecimiento del pasado y el desarrollo vigoroso y plural de la historiografía mexicanista.

Sin embargo, si bien es verdad que hay adelantos en el conjunto de los estudios históricos sobre México, no es menos cierto que también se advierten retrocesos, inconsistencias y fallas en la investigación histórica mexicana y en las instituciones dedicadas a ella. Estos desfases entre el desarrollo general de los estudios históricos en el mundo y el desarrollo de los estudios históricos en México, los percibo en los siguientes hechos.

Desistimiento y pérdida de dirección en las instituciones encargadas de la enseñanza, la investigación y la difusión de los conocimientos históricos

Al contrario de lo que ocurría hace veinte o treinta años, cuando las instituciones académicas mexicanas tenían la iniciativa en la planeación de las grandes empresas de investigación, en la formación de nuevas generaciones y en la difusión del conocimiento histórico, hoy no se observa ese impulso promotor y creativo.

Por lo que se refiere a los centros de investigación, no debe olvidarse que en los últimos treinta años nacieron y se consolidaron los institutos y las áreas especializadas de ciencias sociales, y que en casi todos estos centros se dedicó un lugar especial a la investigación histórica. Crecieron las instalaciones, los recursos, las bibliotecas y el número de investigadores, pero estos crecimientos no se correspondieron con la cantidad ni la calidad de las investigaciones. En la mayoría de estos centros una idea equivocada del quehacer científico separó la investigación de la enseñanza y le otorgó condiciones favorables a la investigación exclusiva, sin establecer reglas precisas sobre la productividad, los rendimientos y la evaluación del trabajo. En casi todas estas instituciones es notable una separación cada vez mayor entre investigación y enseñanza, y el predominio de los intereses corporativos e individuales sobre los más amplios de las instituciones y de la función social de la historia en la tarea de conocer y explicar la realidad nacional.

Otro aspecto negativo que creció y se multiplicó en los centros de investigación y enseñanza histórica durante las décadas de 1970 y 1980 fue la pérdida de los antiguos niveles de rigor y exigencia académica, y su progresiva sustitución por prácticas populistas, ideológicas y gremiales. Durante estos años se modificaron sustancialmente los programas de enseñanza de la historia, se crearon nuevas cátedras y seminarios, se le dio un lugar desmesurado al “marco teórico”, y la mayor parte de estas reformas adquirió un tinte ideológico dominado por posturas izquierdistas, afiliadas a diversas corrientes que



se autodenominaron “marxistas” y que, contrariamente a los principios del propio Carlos Marx, antepusieron tales posiciones ideológicas a los rigores de la investigación. Así, aun cuando la nueva generación de profesores e investigadores que irrumpió en los centros académicos inauguró espacios abiertos a concepciones de la historia antes sustraídas de la vida académica, su interés no se centró en la construcción de los cimientos de formas renovadoras de la enseñanza e investigación de la historia, sino más bien en el desmantelamiento de los antiguos valores académicos, y en la imposición de prácticas populistas en ambas tareas. En las cátedras y seminarios que entonces se crearon predominó el adoctrinamiento a partir de una sola escuela, y a veces, de un solo texto. Al sumarse y entretenerse estos acontecimientos, correlativamente disminuyeron los requisitos para seleccionar el ingreso de profesores e investigadores, así como las exigencias en la elaboración de tesis, artículos y libros.

Esta caída de los requisitos básicos de la investigación fue acompañada, especialmente a partir de la década de 1960, de una irrupción de ideologías como las llamadas “teoría del modo de producción asiático”, “teoría de la dependencia”, “funcionalismo” y otras modas semejantes. Lo alarmante no fue la aparición de esas corrientes, sino la ausencia de debate y de crítica a sus propuestas metodológicas, y su consiguiente imposición a casi todos los campos de la investigación histórica. El resultado fue que la mayoría de las investigaciones realizadas bajo esos postulados no aumentó nuestros conocimientos sobre los problemas que buscaba explicar, aun cuando sí son testimonio de las maneras de pensar y de los intereses que movían a sus autores. Es decir, en lugar de intentar comprender y explicar lo que nos precedió, los historiadores trasladamos al pasado las confusiones de nuestro presente. En este sentido Silvio Zavala recordaba las grandes diferencias que separan a las dos últimas generaciones de historiadores. La anterior, dice Zavala, era muy modesta: “pensaba que el pasado es un campo muy grande, muy difícil, en el que apenas podemos encontrar algunas verdades”. En cambio, “la actual (...) me parece petulante. Sabe y dicta todo (...) Le regala al pasado sus modelos, sus ideas, su lenguaje gremial”. Terminaba estas consideraciones con la siguiente reflexión sobre la historiografía reciente: “con el tiempo va a pasar que una parte por lo menos de esta historiografía del siglo XX indicará más sobre el siglo XX que sobre los siglos anteriores que pretende estudiar”.

En cuanto a la enseñanza de la historia, no ha habido respuesta para satisfacer las demandas de la nueva universidad de masas, y la enseñanza de las minorías ha perdido calidad y orientación. No se ha producido una historia general de México para la población joven del país (que es la mayoritaria); no se ha logrado transmitir la memoria del pasado a través de los medios de comunicación masivos como la televisión o radio ni se han crea-

do los libros de texto y los manuales adecuados para pasar los nuevos conocimientos históricos a las siguientes generaciones.

Si la intensa revisión del pasado que se ha operado en los últimos treinta años ha modificado nuestra percepción del desarrollo histórico es alarmante que las instituciones no hayan promovido un ordenamiento sistemático de esas aportaciones, que permitan transmitir las en forma crítica y organizada a las nuevas generaciones. La bibliografía disponible muestra, con fuerza abrumadora, que una proporción grande de la nueva literatura histórica sobre México se produce en el extranjero y se escribe en otras lenguas. Dada la actual carencia de recursos para adquirir estas obras en las bibliotecas mexicanas, y la barrera que presentan los idiomas extranjeros para muchos profesores e investigadores, se infiere que sólo un porcentaje muy pequeño del conjunto de profesores e investigadores mexicanos está al corriente de lo que se realiza en el mundo sobre la historia de su país.

Por otra parte, como las revistas mexicanas de historia y ciencias sociales no informan regularmente sobre lo que se está produciendo fuera de las fronteras nacionales, ni exhaustivamente sobre lo que se publica en el país, resulta que la mayoría de los lectores potenciales carecen de información precisa acerca de las obras que enriquecen el conocimiento sobre México. Y reitero, lo que se produce en el extranjero es considerable tanto en número como en calidad; puede decirse con certeza que una gran parte de los profesores e historiadores actuales de México ignora enfoques, técnicas y conocimientos que transforman el estudio de la historia mexicana. Consecuencia de esto es que en los últimos quince años ha surgido una separación profunda entre el conocimiento histórico especializado y el conocimiento asequible a la mayoría de los profesores de historia, y una brecha más honda aún entre investigación y enseñanza. En otros términos significa que las actuales generaciones de mexicanos que estudian en los ciclos básico y medio del sistema educativo no se forman con los últimos conocimientos que nutren el saber histórico, y que las próximas generaciones tendrán aún menos posibilidades de acceder a esta formación histórica avanzada. al ampliarse la distancia entre el conocimiento que produce la investigación de punta y el que se difunde a través del sistema educativo.

Los desequilibrios observados entre la producción de conocimientos, su transmisión al sistema educativo y su difusión hacia el público general indican que debemos revisar tanto el funcionamiento interno de los centros de enseñanza e investigación, como sus relaciones con la sociedad y la nación. ¿Nuestras escuelas de historia tienen un buen plantel de profesores, un programa de estudios adecuados y sistemas efectivos de enseñanza? ¿Nuestros centros de investigación tienen altos rendimientos en producción y calidad? ¿Su pro-

ductividad justifica la inversión que se hace en ellos y su costo social? ¿Las investigaciones que se realizan responden a demandas y necesidades científicas probadas? ¿Dichos trabajos, además de beneficiar a sus productores, tienen efectos en otros grupos y en otras áreas, fuera del ámbito académico? Éstas y otras preguntas son parte del debate sobre nuestra primera y más importante universidad y están conectadas con la discusión más general acerca de la reforma del sistema educativo y de la crisis en que se encuentra actualmente la producción de conocimientos.

Los desafíos del presente y del futuro

Es claro que si queremos que nuestros centros de investigación produzcan conocimientos científicos importantes y se eleven la calidad, la competencia y el profesionalismo de la disciplina histórica debemos comenzar por hacer de estos valores parte consustancial de nuestras propias instituciones. Contra la lasitud y la alarmante ausencia de autocrítica que domina en la mayor parte de las instituciones de investigación y educación superior, debe colocarse, entre las prioridades institucionales más altas, la calidad de la investigación, la selección rigurosa de las generaciones de estudiantes y de investigadores, la imposición de requisitos cada vez más exigentes para la elaboración de tesis, artículos y para la publicación de libros, y el ejercicio de la crítica interna y pública como una práctica normal de la investigación y la difusión del conocimiento histórico. Éstas son metas antiguas, postuladas y muchas veces puestas en práctica por diversos sectores de la comunidad académica mexicana. Sin embargo, debemos recordar que fueron combatidas y muchas veces expulsadas de la vida académica efectiva por las corrientes izquierdistas que en las décadas de 1970 y 1980 calificaron esas propuestas de elitistas y burguesas. Para que de verdad ordenen las actividades presentes y futuras tendrían que ser asumidas bajo la forma de un nuevo pacto académico, tanto por los profesores e investigadores, como por las direcciones de las escuelas y universidades. Al mismo tiempo, tendrían que instaurarse nuevas formas de enseñanza y transmisión de conocimientos para los sectores masivos y sistemas de comunicación que permitan que el conocimiento especializado pase de manera continua a los niveles básicos y medios de la enseñanza. Sin embargo, la desconexión que existe entre el sistema superior de enseñanza e investigación y el conjunto del sistema educativo es hoy tan aguda que no se ven, en el futuro inmediato, formas viables de cooperación efectiva para atender esos ingentes desafíos.

En la hora del revisionismo histórico y de la aparición de nuevas teorías del desarrollo social, en el tiempo de la experimentación intensa de nuevas técnicas de análisis y de nuevos métodos es una exigencia darles prioridad a las reuniones de historiadores dedicadas a evaluar el fundamento científico que sustenta a los nuevos enfoques e interpretaciones del pasado. Colocar en un lugar relevante de nuestras actividades de historiadores la evaluación crítica de lo que hacemos nosotros y de lo que se hace en el extranjero acerca del país es una recomendación del sentido común y una exigencia para mantener actualizada una disciplina cuyos centros de creatividad ya no son únicos e internos, sino múltiples y externos.

El buen desarrollo de la investigación histórica exige el uso de fuentes fidedignas; el recurso a métodos adecuados para precisar el objeto de estudio y comprenderlo en profundidad; la aplicación de técnicas de análisis que expliquen el hecho estudiado y su relación con su entorno espacial y temporal, y formas de explicación precisas y claras. Con mayor o menor amplitud estas exigencias de la investigación histórica se describen en los manuales de historia, pero sólo se vuelven reales cuando se expresan en el trabajo cotidiano de los historiadores, y cuando su cumplimiento se convierte, como la respiración, en ejercicio diario, en código implícito de los individuos y las instituciones de enseñanza e investigación de la historia. Cuando estos requisitos no están presentes en una obra de historia o en los libros que la enseñan, la crítica de los mismos historiadores pone en evidencia esa ausencia. Sin embargo, uno de los signos más preocupantes en los medios profesionales donde se practica la historia es la ausencia de estos códigos de conducta, como la indiferencia ante el incumplimiento reiterado de las normas básicas del arte y el abandono de la crítica como ejercicio íntimo y externo natural del oficio.

Por otra parte, ante la densa y desordenada acumulación de conocimientos históricos heredados, y ante la prodigiosa multiplicación de nuevos conocimientos, los historiadores de este final del siglo XX estarían obligados a desarrollar un esfuerzo consistente para coleccionar ese vasto legado en obras que permitan su consulta racional, su enriquecimiento y actualización progresiva, y su transmisión adecuada a las nuevas generaciones. Quiero decir que entre las prioridades de la investigación histórica mexicana, una de las más altas es la producción de obras sistematizadoras del saber histórico acumulado. Me refiero, por ejemplo, a tres, necesarias, urgentes y viables. En primer lugar, a la composición de un “Diccionario de historiadores mexicanos” que incorpore sus datos bio-bibliográficos básicos y la información sustantiva sobre sus métodos, interpretaciones y aportaciones. En segundo lugar, es asimismo urgente la elaboración de una “Enciclopedia de las escuelas y corrientes historiográficas mexicanistas”, en la que se ordenen las princi-

pales corrientes teóricas, metodológicas, científicas e ideológicas que han intervenido en la reconstrucción del pasado mexicano, tanto propias como externas. En tercer lugar, es también necesario recoger en una obra integradora los principales “Ensayos sobre la historiografía mexicana”, que son abundantísimos, están dispersos y no son accesibles a los estudiantes, los investigadores, los profesores o los estudiosos de la historia. Estas tres tareas, por su magnitud y naturaleza, deberían ser tarea propia de las instituciones dedicadas a la enseñanza y a la investigación de la historia mexicana, y es evidente que deberían ser realizadas con la colaboración de la Academia Mexicana de la Historia y el Comité Mexicano de Historiadores.

Otra tarea propia de las instituciones de investigación y docencia es la elaboración de obras que integren los conocimientos pasados y presentes en libros de síntesis. Debe recordarse que después de los grandes proyectos promovidos por Daniel Cosío Villegas (*Historia moderna de México*, *Historia general de México* e *Historia de la Revolución Mexicana*), en los últimos años no se ha hecho nada semejante, con excepción quizá de *La clase obrera en la historia de México*, coordinada por Pablo González Casanova bajo los auspicios del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM. El próximo final del siglo XX debería tomarse como un pretexto adecuado para sintetizar, en una obra magna, todos los siglos transcurridos de la historia mexicana.

Aún más urgente es un programa de publicación de libros de síntesis sobre cada época de la historia mexicana, y una serie de lecturas históricas con selección de textos, como las que hace años editaba la UNAM y que inexplicablemente dejó de publicar. Si no delatara una descomposición más profunda, parecería simplemente absurdo que las universidades, ante la demanda de libros básicos para una población estudiantil en crecimiento constante, no decidan que sus institutos y escuelas los produzcan, y que los profesores e investigadores declinen participar en esta tarea. Sin embargo, es un hecho que hoy las instituciones académicas publican más libros que nunca, pero sin programa, proyecto o destinatario definidos. ¿Qué publican nuestras universidades? ¿Cuánto cuestan estas publicaciones? ¿Qué propósitos persiguen? ¿Qué público satisfacen? Éstas y otras preguntas acerca de la eficacia de la producción científica y sus efectos en la sociedad deberían ser objeto de análisis inmediato y objetivo.

Otra área del conocimiento histórico a la que se debe prestar atención y que ha descendido en sus niveles de calidad en relación a lo que se hacía antes en México, y respecto a lo que se hace hoy fuera, es la publicación de documentos y fuentes de la historia. El problema radica no sólo en que rara vez hemos superado las ediciones hechas en el siglo pasado, sino en que las buenas, publicadas en este siglo, carecen de duración en los programas

institucionales. Lo cierto es que en estos últimos treinta años se han hecho muchas publicaciones documentales, la mayor parte sin seguir un programa, de manera anárquica y sin definir con rigor sus criterios de edición. Para sistematizar este renglón básico del conocimiento histórico, sería indispensable una reunión de historiadores y editores dedicada a establecer los criterios científicos, técnicos y editoriales que normen estas ediciones, como es ya práctica común en la mayoría de las instituciones académicas de otros países. Reorganizar, con visión a largo plazo y bajo principios editoriales uniformes, la publicación de documentos de los archivos nacionales, provinciales y de las instituciones de investigación, es una tarea indispensable para el desarrollo organizado del conocimiento histórico.

Cuando acontece que tenemos más de una revista para cada época y especialidad del pasado, ocurre que la mayoría no informa, de manera crítica y suficiente, sobre lo que está sucediendo en la producción histórica mexicana, ni da cuenta de las nuevas tendencias de la investigación en el exterior. En tanto órganos de difusión y de servicio, en lugar de aceptar sólo lo que los investigadores les ofrecen, deberían ser vehículos ejemplares de la comunicación científica, instrumentos propositivos de las nuevas formas de hacer historia, y asignarle en cada número un lugar preferente al análisis crítico y a la evaluación de las tendencias de investigación pasadas y presentes. Sin embargo, salvo excepciones, y nunca de manera persistente, en nuestras revistas parece aceptarse como un hecho normal la ausencia de dirección y de trabajo editorial profesional. Algunas son ejemplo de naufragio editorial, otras del intelectual, y no pocas de ambos. Todas las revistas de historia se editan bajo el sistema de subsidio, ninguna es autosuficiente y la inmensa mayoría no vende ni el treinta por ciento de su producción. Sin embargo, las instituciones que las cobijan siguen financiando su publicación, aun cuando su periodicidad es cada vez más irregular, su calidad más baja, su aceptación más reducida y su impacto cultural más etéreo. En lugar de ser la tienda de pueblo que hoy se empeñan en imitar, donde se acumulan los productos más desiguales, ilegibles, obsoletos y sin propuestas estimulantes para el consumidor, las revistas de historia tendrían que asumir la única responsabilidad que las justifica y les otorga sentido: ser vehículo de los nuevos conocimientos, instrumento de evaluación de lo que acontece en las diversas áreas del conocimiento histórico, foro de debate de las diferentes interpretaciones de la historia, y punto de contacto entre el ejercicio pasado de la historia y las prácticas del presente.

Las inconsistencias, las anomalías y las deformaciones que desde hace tiempo se observan en las actividades de investigación, enseñanza y difusión de la historia mexicana son resultado, en su mayor parte, del mismo desarrollo de las instituciones académicas. Sus malformaciones no son producto de in-

tervenciones o acechanzas externas. De ahí que el enfrentamiento de esas desviaciones, y las posibilidades de su corrección, sean también asunto interno de esas instituciones. No obstante, con excepción del libro de Gabriel Zaid, que analiza las principales deformaciones del sistema de educación superior, lo más frecuente es que estos problemas no se examinen como parte del desarrollo interno de las instituciones académicas, y que las inconsistencias en la productividad, las deficiencias de la enseñanza o los fracasos en la difusión se atribuyan a la insuficiencia del presupuesto que aporta el Estado. Si no se elimina este fantasma, y no se asumen con objetividad las responsabilidades propias, es evidente que no podrá darse la toma de conciencia necesaria para reorganizar a fondo la estructura, las funciones y los objetivos de las instituciones académicas.

Otro problema, sin duda uno de los más graves, es la crisis económica y la insuficiencia de recursos en las áreas básicas de la enseñanza y de la investigación. Problema cada vez más agudo, que hoy tiene el semblante de un doble desafío. Por una parte, el descenso vertical de los salarios y los recursos para atender el funcionamiento mínimo de las áreas básicas de enseñanza, investigación y difusión, amenaza con destruir los últimos reductos del sistema académico que no han sido abatidos por la crisis. Por otra parte, parece evidente que aun cuando se aplicaran nuevos recursos al sistema universitario, éstos resultarían insuficientes, fundamentalmente porque el problema de la enseñanza y de la investigación no es sólo y principalmente económico, sino un problema de reorganización interna de ese sistema y de adecuación de sus funciones a las nuevas demandas de la sociedad y del desarrollo científico mundial. Dicho con otras palabras: para ser viable, el programa reorganizador de las instituciones universitarias y académicas tendría que enfocarse hacia una reforma profunda de la enseñanza, la investigación y la difusión científica; debe mostrar que efectivamente está vinculado a las demandas reales de la sociedad y que busca servir las con eficacia; debe estar apoyado en un nuevo sistema de financiamiento y ampliación progresiva de ingresos provenientes de fuentes distintas al gobierno, y debe probar sus bondades mediante una demostración regular y pública de sus resultados. El desafío de la institución académica y universitaria radica entonces en vivir otra vez dentro de la sociedad real, en pensar, producir y servir dentro de ella, y en relación permanente con ella.

Por otra parte, puesto que la reorganización de las universidades tomará tiempo, es indispensable que las instituciones dedicadas a la historia generen iniciativas dirigidas a incrementar sus formas de colaboración y sus ingresos, de manera que puedan enfrentar la crisis económica y la reducción de los apoyos del Estado a las tareas de enseñanza, investigación y difusión de la

historia. Si con visión realista se acepta que el “Estado delgado” no es sólo una decisión derivada de la crisis actual, sino un proyecto de largo plazo, las instituciones especializadas en la historia tendrían que contemplar su desarrollo futuro bajo una perspectiva diferente; es decir, tendrían que crear, desde ahora, las condiciones para cumplir sus funciones en el marco de una nueva situación económica. Unir los recursos de las actuales instituciones en tareas prioritarias para el desarrollo *general y nacional* de la investigación, la enseñanza y la difusión de la historia, es una perspectiva interesante y viable. Sin afectar los fines y programas de cada institución es factible integrar los recursos y capacidades de varias de ellas en tareas de beneficio común que satisfagan demandas ineludibles para el desarrollo de los estudios históricos. Por ejemplo, en la edición de las fuentes básicas de la historia mexicana se podrían establecer programas interinstitucionales dirigidos a publicar las antiguas y las nuevas colecciones con criterios editoriales comunes, bajo direcciones colegiadas y con recursos múltiples, y de esta forma asegurar la publicación continua y ordenada de las grandes colecciones de fuentes que apoyan el conocimiento histórico. El Archivo General de la Nación debería ser la cabeza natural de todo proyecto dirigido a crear un sistema normativo de edición de fuentes históricas.

La publicación de las obras mayores de investigación, y de las síntesis y colecciones de libros de historia, también podría ser objeto de nuevos acuerdos de publicación entre empresas editoriales e instituciones académicas. Mediante estos convenios los costos de edición quedarían a cargo de las editoriales y los de investigación los absorberían las instituciones. En los países europeos ésta es la práctica general que se ha adoptado. En algunos, como en Francia, estas bases han servido para promover una venta comercial de los libros de historia en una escala nunca vista antes, y para ofrecer al público nuevas colecciones y formas de difusión del saber histórico.

La formación de especialistas en historia, el desarrollo de un programa de becas de posgrado, el intercambio regular de profesores e investigadores con otros países, el apoyo a los grandes proyectos de investigación, la mejora y actualización de las bibliotecas, son áreas donde se requieren nuevos acuerdos y solidaridades entre las instituciones, ya que ninguna por sí sola podría satisfacer estas demandas. Sin duda, uno de los compromisos mayores es formar a las siguientes generaciones de historiadores y aportarles los conocimientos adecuados para participar en una de las épocas de mayor cambio y crecimiento de la disciplina histórica. Pero, nuevamente, la tarea de trabajar para el futuro requiere un cambio radical en la organización actual de las instituciones, una disposición para ver más allá de los muros propios y unir los variados recursos existentes en programas que contemplen el desarrollo



nacional de la investigación. No puede pensarse en un desarrollo progresivo ni general de la investigación histórica sin atender la situación de las instituciones que enseñan y producen conocimientos históricos en el interior del país, donde las limitaciones son aún más críticas que en la capital. Con la participación de las instituciones regionales y de las asentadas en la capital podrían establecerse acuerdos para obtener recursos sustantivos que pongan en marcha nuevos programas para la formación de las futuras generaciones de historiadores, para impulsar y actualizar los sistemas de enseñanza a escala nacional, y para crear nuevas formas de intercambio académico y de servicio en las áreas de bibliotecas y archivos.

Las necesidades y las demandas de la investigación y la enseñanza histórica están claramente establecidas por la realidad. Lo que no está claro es si, en las instituciones y en los individuos que forman la abstracción que llamamos investigación, docencia y difusión de la historia, existe la voluntad para asumirlas y la capacidad para hacerlas efectivas.